

Revolución verde

Estaba en el bosque de Leroy y era de noche. La oscuridad me sofocaba y se notaba en el ambiente esa pesadumbre típica de la humedad que nos hace sentirnos hinchados e irritados. Era parte de mi rutina habitual para despejar mi mente del agitado día. Era una especie de catarsis que decidía no compartir con nadie más que conmigo mismo. Nunca esperé que fuera a pasar lo que pasó. Es más, sigo sin creer en la veracidad de los hechos. Por favor, no me tomen por loco cuando les cuente esta asombrosa anécdota que pasará a la historia como una de las mayores revelaciones de esta época. Como les decía, estaba en el bosque y eran, aproximadamente, las diez de la noche. Desde un principio pude percibir una vibración rara, algo que no cuajaba en la realidad.

En medio de mi caminata usual, a través del misterioso bosque con árboles de altas copas y adornado por coloridas flores, casi indistinguibles en la oscuridad que empañaba el ambiente, escuché un crujido. Me pareció raro, porque nunca nadie visitaba el bosque y menos a esas horas. Seguí caminando y aceleré un poco el paso. A decir verdad, me intranquilizaba la posibilidad de que alguien me estuviese observando. Mientras más pensaba en eso, más sentía la presencia de otros seres, algo así como un sexto sentido que me advertía de un peligro inminente que acechaba en algún rincón, mezclado entre alguno de los muchos tupidos arbustos. Con cada paso que daba me volvía más atento a mis alrededores y agudizaba el oído para percibir la más mínima emisión de sonido. De pronto, una de las copas se agitó abruptamente. Silencio absoluto. Le sucedió el simultáneo movimiento de los frondosos arbustos, el de las copas y de muchos más objetos que me parecían difíciles sino imposibles de explicar con la mera lógica. ¿Quién o quiénes serían? ¿Qué hacían en el bosque a estas horas y qué querían de mí?

Vi a lo lejos las luces de la ciudad. Era un pueblucho en medio de la nada, donde todo era normal y monótono. Para que se hagan una idea, el color insignia de mi pueblo natal es el gris. Yo mismo no me considero una persona interesante ni mucho menos, pero ese lugar es la definición literal de lo aburrido. Volviendo al bosque, presten atención porque ahora viene lo interesante.

De repente, todo se oscureció, no había cielo ni ciudad, ni nada. Sentía que el bosque me había tragado y que no había vuelta atrás. Un escalofrío me recorrió la espalda y cada pelo de mi cuerpo se erizó. Un frío repentino invadió el ambiente y se me puso la piel de gallina. Después de unos segundos todo se silenció de vuelta, dejándome con la incertidumbre de lo que podría pasar. En este punto yo ya me encontraba totalmente descolocado. No veía absolutamente nada. Ya ni siquiera sabía en qué parte del bosque estaba (y cabe decir que lo conocía como la palma de mi mano). Perdí la noción del tiempo: los segundos parecían minutos, los minutos horas. Mientras tanto, usaba cada neurona de mi cerebro para no perder la razón. Irónicamente, sentí que la perdía, cuando una especie de manta conformada por hojas envolvió mi cabeza en un movimiento casi parecido a un zarpazo. No tuve tiempo para

reaccionar. El oxígeno abandonaba lentamente mi cuerpo, las hojas no me dejaban respirar. En un intento desesperado de zafarme de las garras de la bestia que me ahogaba, tanteé mis alrededores con las manos buscando al sujeto. Tiré puños al aire en todas direcciones, pero no encontré más que eso, aire. Me sentía mareado y con las fuerzas debilitadas. Caí al piso, golpeándome contra un par de ramas y raíces, bueno, contra todo lo que es normal encontrar en el suelo de un bosque.

Me sumergí en un profundo sueño en el que estaba en un campo lleno de lavandas. El sol brillaba, ya podía respirar y estaba más sereno que nunca entre el violeta característico de aquellas plantas que desprenden un perfume raramente tranquilizante. El viento daba en mi cara y oía detenidamente el movimiento de las lavandas agitadas por la corriente de aire que las hacía danzar a todas a la par. Me acosté en el primer rincón de pasto que vi, sin siquiera preguntarme dónde me encontraba ni cómo había llegado a tal lugar. Un baldazo de agua helada me roció el cuerpo empapándome con toda la ropa que llevaba puesta. El campo de lavandas se esfumó junto a la claridad del sol y al roce de la brisa contra mi piel. Desperté en un cuarto oscuro donde apenas pude divisar las paredes marrones que me rodeaban. Parecían de barro en su textura rugosa, con raíces incrustadas y hojas marchitas como decoración. Hasta ese momento no me había dado cuenta de la gravedad del asunto. ¡Había sido raptado! Como si esto no fuera suficiente, no había tenido chance de identificar a mi captor. ¿O captores? Estaba seguro de muy pocas cosas en este ambiente tan extraño, que parecía obra de fuerzas sobrenaturales. Me puse firme, cuando de la penumbra salió una sombra.

Llegados a este punto de la historia, me parece importante hacer un alto para aclarar que, mi falta de reacción ante tan espeluznante escenario se debía a que no podía conciliar en mi mente aquello que estaba viendo. Y cuando finalmente reconocí a qué le pertenecía la sombra... bueno, ya lo van a descubrir ustedes mismos.

Como si fuese en formación, uno al lado del otro, salieron una planta de aloe vera, un ajo, un pimiento, un tomate y una mazorca. Si hasta ese momento estaba confundido, esto me sacó totalmente de quicio. Pensaba que estaba fuera de mis cabales, que se me había aflojado un tornillo, porque lo que veía no era real. Cerré los ojos apretando los párpados con fuerza esperando amanecer en mi cama con el sol de frente, pero en cambio, allí seguía, en el mugroso y horrible espacio de cinco por cinco. No me atreví a decir una palabra. Estaba mudo. Aparentemente, también estaba ensordecido del asombro, porque el pimiento tuvo que repetir tres veces la misma oración, para que yo siquiera notase su intento de comunicación.

-Despierte, señor, y dígame qué hacía usted en nuestro campo de batalla- dijo el pimiento con un tono agresivo. Su voz carraspeaba y su tono de voz grave demostraba cierta autoridad.

- ¿Campo de batalla? - repliqué en cuanto retomé el aire.

-Correcto, señor, usted ha obstruido la primera ofensiva hacia la libertad.

-¿Libertad, de qué estás hablando?¿Quién necesita ser liberado y de qué exactamente? Yo diría que somos todos bastante libres ya.

-¿Le parece esto una broma? No se haga el sonso, que es solo por cortesía que usted todavía conserva su dentadura.

- No seas grosero, siempre hacés lo mismo y se asustan - intervino el tomate, que hasta el momento había permanecido callado.

- No se entrometa en lo que no le concierne, soldado. ¡Este es un asunto serio! - le respondió el pimiento con furia, casi a los gritos.

- No le hagas caso -dijo en voz baja el ajo- su temperamento muchas veces le nubla el juicio. Más ahora que juega al comandante en todo este tema de la liberación.

Había sido capturado por plantas revolucionarias. Podría haberme escapado fácilmente de allí. Hubiese bastado con librarme del nudo de hojas secas que entrelazaba mis manos en mi espalda.

-Definitivamente, alguien tiene que enseñarles a hacer nudos - pensé.

Pero decidí quedarme, porque me picaba la curiosidad. Ya estaba demasiado involucrado y ahora quería saber más. ¿Qué era eso de la liberación? Y más misterioso todavía ¿contra quién se rebelarían? Además, me percaté de lo inofensivas que eran, a pesar de mi captura. Era tierno en cierta manera.

-¿Quiénes son? ¿Qué son? - se me ocurrió preguntarles.

- ¡Qué ilusa yo que creía que los humanos eran inteligentes! Resulta que tienen el mismo coeficiente intelectual que una roca. Por si no te parece lo suficientemente evidente, somos plantas. Yo, en particular, soy Aloe, Aloe vera de la familia Asphodelaceae. Todos provenimos del reino Plantae y ahora presenciáis a sus electos representantes. - se movía con elegancia balanceando con gracia sus extremidades verdes con espinas en los laterales.

En ese momento, reparé en la figura más silenciosa del grupo, de la cual no había escuchado nada hasta el momento. Permanecía en el fondo con la mirada desviada como si no estuviese prestando atención a lo que ocurría, completamente sumergida en sus propios pensamientos. Consideré interesante indagar, porque parecía absolutamente ausente del momento, así que interrumpí al Aloe vera (y me precipité a preguntar).

- Perdón, ¿quién es la de la punta?

- Soy la mazorca - susurró en un hilo de voz tenue y temeroso.

- No te preocupes por ella - dijo el ajo - su familia tiene un problema en particular con los humanos. No es nada personal.

El tomate se aproximó hacia mí como con la intención de revelarme un secreto.

- Los humanos suelen desgranarlas y para ellas, los granos son como su ropa, los lucen, son su esencia, ¿entendés? No te sientas ofendido si actúa raro en tu presencia. Solo tené eso en cuenta.

- Basta de tanta cháchara, que estamos perdiendo tiempo de revolución. No hay que fraternizar con el enemigo bajo ninguna circunstancia. Por semanas planeé este ataque y lo único que ustedes hacen es tomarme el pelo - dijo el pimiento fuera de sí.

-El tallo querrás decir - le respondí en tono burlón - A propósito, ¿me podrían especificar a qué se refieren con revolución?

- Desde hace siglos que les somos de uso a tu especie, pero en los últimos tiempos, notamos que su llamada “evolución” desencadenó una serie de desmanes y abusos. Para ser breves nos envenenan, usan máquinas para arrancarnos del suelo, desmontan nuestro hábitat natural. Y por si eso fuera poco, incendian nuestros hogares. ¡El mundo está que arde! Probablemente no sea la mejor manera de describirlo, pero sonó mejor en mi mente - justificó el ajo - Desde Australia hasta el Amazonas y la Argentina. Atrocidades de esta índole no pueden y no van a ser toleradas de ahora en más. Me sorprende que los humanos no sospechen de nuestra revolución.

- A mí me sorprende que ustedes piensen que los humanos están conscientes de su posible rebelión - repliqué.

- Su indiferencia e ignorancia han llegado demasiado lejos. Hasta su propio reino, el animal, ha sido perjudicado y dañado. Si la naturaleza no pone freno a la demencia y a la avaricia del ser humano, serán ustedes mismos quienes ocasionen la propia ruina del planeta que nos alberga. Lamento mucho que no hayan sido capaces de tomar conciencia antes, pero nuestra intervención es imprescindible. Por lo que nosotros tomaremos, a partir de este momento, las riendas del mundo para manejarlo de una manera justa y pacífica para todas las especies sobre esta tierra - expresó el Aloe vera, gesticulando en cada oración como inmerso en un delirio frenético, semejante a una escena en el más alucinante de los teatros.

En ese momento entendí la seriedad del asunto. Esto era real, las plantas en su sufrimiento acudían a nosotros con planes de rebelión y de levantamiento.

No solo me sentí completamente avergonzado por ser parte de tal aberración, sino que me compadecí de su situación. Son ellas, las plantas, quienes nos nutren, quienes purifican el aire y el agua, ellas fueron nuestra primera medicina. Son ellas, quienes nos proveen nuestra principal fuente de alimento y ¿qué piden a cambio? Nada más que nuestro cuidado, cuando en realidad son las plantas nuestros ángeles guardianes. ¿Cómo es que hemos llegado a este punto? El mundo se rebela ante nosotros. Hoy lo son las plantas, mañana lo serán los animales y pronto seremos expulsados de nuestro gran y único hogar por todos los reinos existentes. Cuestionémonos cómo queremos ser recordados y actuemos en consecuencia.

La audiencia explotó en una ovación gloriosa. La gente empezó a marcharse lentamente. Muchos se acercaron a felicitarme y a agradecerme por el buen rato que habían pasado. El pecho se me llenó de orgullo al escuchar tales comentarios, pero toda la emoción y la alegría se disiparon en el aire, cuando creí reconocer bien en la esquina, donde la luz apenas alumbraba, cinco extrañas figuras que me observaban. Yo sabía que los bosques seguirían ardiendo, que el desmonte no pararía, que el mundo, quizás, estaría perdido, pero en mí albergaba la esperanza de una mejora por lo menos parcial. Por eso, les devolví la mirada a mis cinco amigos con los ojos húmedos de tristeza, me les aproximé y como consolándolos, les prometí que no pararía hasta que todos me hubiesen escuchado.